



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

Neo-keynesianismo o post-keynesianismo: ¿nueva existencia?

Cristian Breitenstein¹

cristianbreitenstein@hotmail.com

¹ Máster en Relaciones Internacionales (Tufts, Boston, USA), Abogado y Licenciado en Filosofía. Doctorando en Filosofía (Universidad del Salvador). Ocupó diversos cargos institucionales, entre ellos el de Ministro de Producción, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Buenos Aires. Ex Profesor Universitario. Reside actualmente en Munich, Alemania.



Asistimos a momentos críticos en virtud de la expansión de la actual pandemia. Y ante la emergencia, desde distintos sectores, se ha aludido a que un nuevo orden global estaría surgiendo. Los más optimistas ven en la posibilidad del quiebre de las instituciones económicas tradicionales el surgimiento de un sistema más justo e igualitario que emerja de las cenizas del capitalismo moribundo. Para este escenario, debe haber fuego para que haya cenizas, y el concepto que está encubierto es “cuanto peor mejor”. Sin duda que con buenas intenciones.

Por otro lado, están los que dicen: “Nada cambiará, todo seguirá igual o peor”. Esta idea de “no cambio” también parece naíf, pues si algo somos precisamente es cambio, aunque intentemos siempre estructurar una estabilidad ideal permanente para una realidad cambiante. De las decisiones que se han ido tomando en las principales regiones del mundo, surgen algunos síntomas interesantes:

- Al ya viejo conocido adagio “es la economía, estúpido”, se le ha sumado “es el Estado, estúpido”.
- El estado-nación ha recuperado su centralidad, pues es en dichas coordenadas tempo-espaciales donde se debate la pandemia. Obviamente que se encuentra esparcida por todo el mundo, pero las

pretendidas “soluciones” o “propuestas” se aplican a través del tradicional rol del Estado.

- Sin embargo, no es cualquier Estado del que estamos hablando. Es un Estado intervencionista, que dirige la cotidianeidad y que intenta sustituir las pérdidas de la economía con la inyección de recursos propios o la contracción de deudas.
- El “neo-keynesianismo” a través de la inserción de recursos reivindica funciones del Estado tradicional, pero las aplica en coordenadas tempo-espaciales de emergencia. El diseño de una política pública tradicional presupone tiempo para ejecutarla. En el diseño de políticas públicas de emergencia, el tiempo se reduce a la máxima expresión.
- El caso europeo seguramente es el caso ejemplar. Nunca Europa diseñó un plan integral que abarcara a 27 estados miembros por un monto de € 750.000 millones y que tuviera parcialmente un criterio no devolutivo.
- La propuesta de la CE no es novedosa stricto sensu, pero sí lo es por las bases del acuerdo, por sus condiciones y por la finalidad que persigue.
- Esta batería de medidas de claro tinte keynesiano, sin embargo, pretende asumir las demandas contemporáneas que están en la base de la agenda pre-pandemia: lucha contra el cambio climático, digitalización, desburocratización, estímulo a la innovación tecnológica (economía 4.0), etc. Todo ello, en un marco de sustentabilidad social y económico que lo resume muy bien la idea de una “economía social de mercado” a la alemana.
- Claro que en Europa no habitan sólo alemanes y cada cultura tiene sus formas de cumplir los acuerdos. Ello, en vez de limitar, debe ser una vía para hacer más eficiente la implementación de las medidas. Es decir, concepción centralizada y unificada por consenso y ejecución descentralizada por identificación cultural y social. Así como se confinan sectores (barrios, distritos o regiones) para evitar un confinamiento general, del mismo modo las decisiones centrales deben ejecutarse territorialmente con el sentido “glocal”.

- En otras regiones del mundo, también crece la demanda al Estado para solucionar los problemas pandémicos. Las organizaciones supraestatales padecen las mismas disfunciones que en la pre-pandemia: carencia de consensos globales (aun sobre la pandemia: origen, desarrollo, tratamiento), ausencia de un órgano de coacción internacional supraestatal, primacía de la idea de lo global como “res-nullius” y no como “casa común”, predominio de las grandes potencias en las decisiones estratégicas, desfinanciamiento de las instituciones internacionales, etc.
- Por otro lado, la mayoría de las regiones del mundo son regidas o bien por democracias iliberales (partes de Latinoamérica, Rusia, partes de África) o bien por gobiernos autoritarios (China, Sudeste asiático, África), surgiendo los populismos o neopopulismos de izquierda o de derecha como “fantasías salvíficas”.
- Caso aparte merece Estados Unidos: paladín del liberalismo político y económico a nivel global, se encuentra regido por políticas de índole proteccionista desestructurando el mismo orden mundial que lideró a partir de la Segunda Guerra Mundial. La figura de Donald Trump incrementa la “grieta” norteamericana y traslada ese esquema de pensamiento binario a todo el mundo por medio del uso de la comunicación efímera del Twitter. La emergencia le hace a Trump profundizar su “modelo” con consecuencias inimaginables para la tierra de los Padres Fundadores, mientras China sigue su camino, lento pero seguro hacia un liderazgo mundial en lo económico, pero sin “relato político” que permita generar un nuevo orden mundial. China no puede construir legitimidad global si no construye primero su legitimidad nacional sobre bases compartidas con los valores occidentales del estado de derecho y de respeto a los derechos humanos.
- Ante este panorama, el “modelo europeo” liderado por Alemania y no exento de contradicciones y tensiones (es el único bloque regional activo en el mundo y que para las decisiones importantes requiere de

unanimidad en el voto de sus miembros) parece marcar un rumbo que defino como “neo-keynesianismo”.

¿Será este el primer intento, iniciado por Europa, de salir de las crisis a través de políticas neo-keynesianas? ¿O estaremos inaugurando un nuevo tiempo, digámoslo así, post-keynesiano, que, como parte de la posmodernidad, nos muestra que vivimos en una transición histórico-temporal mas allá de lo que vemos o padecemos? ¿Es un nuevo principio o el principio del final?

Nuevos desafíos

Al liberalismo económico clásico le sucedió en las décadas del '80 y '90 lo que se denominó “neo-liberalismo”, tomando del primero la parte más inhumana y salvaje para establecer un nuevo orden global concentrado en pocos actores, fundamentalmente no estatales (empresas, bancos, por un lado; y agentes terroristas y servicios de inteligencia internacional, por el otro). Luego de la idea de la guerra total (guerras mundiales), pasando por los conflictos territorializados en la guerra fría (las dos Alemanias, las dos Coreas, Bahía de los Cochinos, etc.) a los eminentemente focalizados o quirúrgicos (drones u objetivos estratégicos), el mundo asiste a dos formas de conflictos latentes para el que debe estar preparado: el ciberataque y las guerras bacteriológicas. El primero, con un ataque efectivo generado por cualquiera de los servicios de inteligencia o hackers con capacidad creativa suficiente del mundo, que puede acarrear el mayor *lock down* de la humanidad. Imaginemos que no hay conexión satelital ni de internet sólo por un par de días. El mundo o parte del mundo afectado no podrá hacer transferencias financieras, ni los aviones podrán volar y, lo peor, nadie podrá ver su celular para calmar la angustia existencial. No habrá noticia alguna que pueda comentar el momento. Sería como un gran “corte de luz internacional”.

Por otro lado, aún resta mucho por investigar —y probablemente nunca lo sepamos— sobre el origen de la pandemia actual y su desarrollo. Desde las teorías conspirativas hasta el uso y abuso de la situación, pueden leerse

diversas hipótesis. Pero la reacción de los estados y de los ciudadanos ha sido similar a la de una guerra bacteriológica.

Estos dos conflictos (ya no potenciales sino reales) pueden llevar a amplios sectores de la humanidad a vivir en “estado de sitio”, bajo una suspensión temporaria de los derechos y garantías fundamentales, para preservar un interés superior. Como sabemos los abogados, uno de los principales caracteres del estado de sitio es la temporalidad. ¿Cuánto tiempo se debe vivir en confinamiento o en estado de restricción de derechos? Es lo que preguntan muchos sectores de la sociedad. Por otro lado, si no se ejecutaran dichas medidas, nos veríamos expuestos a males mayores, sostienen otros.

Existe un tercer conflicto latente a nivel mundial que no es técnicamente una “amenaza” (aunque para muchos lo es), que es el fenómeno migratorio. Nunca antes en la historia de la humanidad se ha dado la experiencia de tanta cantidad de seres humanos migrando desde su lugar de origen hacia otro sitio. Las causas son diversas: guerras, conflictos civiles o religiosos, enfermedades, inseguridad y falta de un Estado de bienestar, entre otros. Dos tercios de la humanidad viven en condiciones de subdesarrollo o está en vías de serlo. Esa franja incluye desde Latinoamérica hasta África y Asia. La excepción la constituyen, por el momento, Europa y Estados Unidos. ¿Es sustentable un mundo en donde sólo un tercio de la población (incluyendo a los ricos de los países pobres) goza de los beneficios del bienestar, mientras que dos tercios no pueden hacerlo?

En los próximos años y décadas, lejos de disminuir, el fenómeno migratorio aumentará, básicamente por el incremento de las poblaciones africanas. Hoy, Europa tiene a su cargo la administración de este “tercer conflicto”. Si no colabora con el desarrollo de África, ambos continentes se unirán nuevamente, pero no por razones geológicas como ocurrió hace miles de millones de años, sino por razones geopolíticas.

Neo-existencia

Pero volvamos a los tiempos de Pandemia. La “nueva realidad”, alejada de la idea de una “nueva normalidad”, plantea un tiempo y un espacio existencial diferente, donde, al fin y al cabo, lo que se pone en crisis es la idea de “proyecto”, tanto personal como colectivo. ¿Cómo se puede “proyectar” en un estado de excepción y en donde la vida se debate en el día a día? Proyectar es una facultad humana que nos permite representarnos en un tiempo y espacio futuro. ¿Qué futuro propone la pandemia, si sólo hace que nos ocupemos de un presente tan corto como efímero?

Por otro lado, el ser humano también posee otras facultades representacionales, como la de resignificar el presente. Es ésta una manera de darle sentido a una situación no deseada. Al fin y al cabo, la tarea existencial se define por dar sentido a la adversidad. El éxito,



más allá de que comprendamos el esfuerzo con el que se gestó, nos parece natural, pues pensamos que tendemos a él. Nadie proyecta algo para fracasar sino para triunfar. Cuando triunfa, concreta su ideal. Pero, si fracasa, debe resignificarlo para no angustiarse. Y es ahí en donde surgen explicaciones auto-satisfactorias.

Por lo tanto, desde el punto de vista individual y social, esta “nueva realidad” inaugura la necesidad de resignificar la vida para salvarla. A nivel estatal ocurre algo similar: el Estado debe resignificar su función para salvar vidas. A esto llamo una “nueva existencia”, que como toda existencia esta “situada” (citando a Mario Casalla), y esta nueva situación condiciona el ex-sistere.

Los lazos sociales se alejan cada vez más, considerados peligrosos por la pandemia. El sujeto humano se aísla, al extremo de no visitar a sus parientes ancianos o no poder despedir a alguien en su lecho de muerte. En síntesis, se “pandemiza la deshumanización”, que nada tiene que ver con la lucha contra la pandemia.

El peligro a perder el empleo, la incertidumbre sobre el futuro cercano y la inestabilidad de los vínculos personales que la misma angustia y ansiedad generan, parecen concretar una “pandemia paralela”, de la cual, si no estamos advertidos y alertas, puede sernos tan mortal como la pandemia viral original. Habrá que buscar la forma de “confinar al aislamiento”, promoviendo la generación de vínculos que decreten la advertencia de no viajar al individualismo, al “sálvese quien pueda”. Habrá que “preparar los respiradores para oxigenar la Psyché”, entendida ésta como mente pero también como alma, “disponer de medicamentos en las Unidades de Cuidados de Sentimientos Intensivos” para “reducir la temperatura espiritual y la presión no arterial” generada por la incertidumbre, desarrollar “sistemas de inmunoterapia que individualicen a las células de la tristeza y la destruyan sin afectar a las alegres”, y, finalmente, encontrar la vacuna.

Una vacuna es definida como “una preparación destinada a generar inmunidad adquirida contra una enfermedad estimulando la producción de anticuerpos”. La “nueva vacuna” debería poder desarrollar “nuevos cuerpos que no sean anti”, para poder concretar así una com-munitas en el que el otro no sea el “virus” sino el “compañero/a” de vida, al que ayudo y el que me ayuda —simplemente— a vivir.

Lo novedoso es que esta “nueva vacuna” no es producida por las grandes farmacéuticas y no puede ser motivo de conflicto entre las potencias por asegurar su suministro. Esta “nueva vacuna” se genera en un lugar escondido y silencioso llamado “interior humano”, y todos, pero absolutamente todos, pueden desarrollarla. El costo es “tiempo de dedicación a uno mismo”, el precio es “reflexión y búsqueda interior”, la remuneración es infinita: se llama felicidad.